



PAUL VERHOEVEN:

CARNE, HUESOS Y TÚ

Una vez más la historia se repite. No es cierto que las cosas hayan cambiado en Hollywood: sus producciones son las más vistas en el mundo occidental, el *star system* está más vivo que nunca y los directores europeos son contratados en la esperanza de que consigan aplacar las iras de los críticos, siempre tan puntillosos.

Un director como Paul Verhoeven tenía que acabar en Hollywood, sólo era cuestión de tiempo. Nacido en Holanda justo después de la Segunda Guerra Mundial, su visión de la realidad consiste en una estilizada sucesión de arrebatos, materia de sueños fascinante para una sociedad tan puritana como es la estadounidense.

El cuarto hombre, éxito de festivales internacionales, nos presenta a un escritor en viaje de conferencia; su mente, escindida entre el deseo por un joven anónimo y la trampa mortal que le tiende su anfitriona literaria, una peluquera coleccionista de maridos. El cuadro se completa con visiones marianas durante las que el protagonista recibe avisos sobre la fatalidad de su destino. Desde que Alain Resnais se dedicara a jugar con el espacio y el tiempo no habíamos visto una película en la que realidad y alucinación intercambiaran reflejos con tal habilidad y sentido de lo práctico, narrativamente hablando. Así es como consigue que se le abran las puertas de los estudios americanos, donde juega con presupuestos que alcanzan para hacer buenas maquetas y efectos especiales con los que decorar las revisiones de sus géneros favoritos.

Robocop y *Desafío total* reafirman su carrera como director comercialmente rentable a la vez que la crítica aplaude sus

audacias argumentales —olvidando que esos aciertos se deben al trabajo de guionistas—, y a él le permiten profundizar en el concepto recurrente de su filmografía: somos nuestro cuerpo. Trabajar en el terreno del género fantástico le otorga una libertad de movimientos que convierte sus películas en espectáculo, más allá de categorías y estilemas genéricos. La memo-



ria, el futuro desequilibrado, el miedo. Y también la supervivencia. Porque los personajes que aparecen en sus películas luchan por una vida mejor hasta que el destino, ineludible —otro concepto habitual en la mitología americana, digerido entre repeticiones de cine en blanco y negro, teletienda y canales del Apocalipsis— les coloca en situaciones extremas ante las que no cabe negarse a participar.

Ocurre además que Paul Verhoeven es un narrador brillante que domina tanto el formato panorámico —el cinemascope

sirve para algo más que puestas de sol y extensiones de verdor—, como la capacidad de síntesis implícita en recursos expresivos como los fundidos y encadenados: las líneas invisibles que dividen la pantalla y nos explican todo sobre los personajes que estamos viviendo.

Sólo a Paul Verhoeven se le permite empezar una película como lo hace *Instinto básico*, recreación del universo clásico del cine negro que vertebra la mitología hollywoodiense. Sexo, muerte y traición. Honor versus pulsiones o cómo perder la placa al verte inmerso en una red de mentiras tejida no por una araña —como en los créditos de *El cuarto hombre*— sino por todo un grupo de asesinas en potencia.

Su colaboración con el guionista Joe Eszterhas culmina en la que es su mejor película: *Showgirls*, una fantasía ambientada en Las Vegas que combina sin problemas elementos de anteriores películas para obtener finalmente una versión contemporánea del mito *Eva al desnudo*. La lucha por el poder tiene lugar en el espacio que media entre los cuerpos. En plural, pues Paul Verhoeven concibe la pareja como asunto de tres. Con Alfred Hitchcock como referente —*Marnie*, *Con la muerte en los talones*—, la suspensión de incredulidad a la que apela Sharon Stone en *Instinto básico* es aquí la reina absoluta del baile.

Por ahora llegamos a *Starship Troopers*, última vuelta de tuerca sobre sí mismo en la que Paul Verhoeven se parodia con los resultados de costumbre: narración veloz e imágenes de impacto.

Un personaje a otro en *Showgirls*: allí quieren ver tetas y culos y eso es lo que les das. Aquí quieren ver tetas y culos y haces como que les vendes otra cosa. El público quiere ver y Paul Verhoeven enseña. Cuestión de honestidad.